17 de enero: San Antonio, abad

Texto del Evangelio (*Mt* 19,16-26): En aquel tiempo, un joven se acercó a Jesús y le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?». Él le dijo: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». «¿Cuáles?», le dice él. Y Jesús dijo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo». Dícele el joven: «Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?». Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (…).

San Antonio, abad

Rev. D. Antoni CAROL i Hostench
(Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España)

Hoy nos remontamos hasta el Egipto de los siglos III y IV (250-356). Allí san Antonio abad fue pionero del movimiento eremítico cristiano. Después de renunciar a sus bienes, no se “refugió” en el desierto para “huir” de las gentes, sino para darse a Dios y, en Dios, entregarse a los hombres. Allí donde estuvo acudieron muchos para compartir su camino (y/o recibir su orientación). Se le considera como el ilustre padre de los monjes.

Estuvo lleno de espíritu ascético y dotado de un profundo conocimiento religioso. San Atanasio, coetáneo y amigo suyo, describe su vida de oración sin interrupción: «Estaba tan atento en la lectura que no perdía nada de las Escrituras, y lo retenía todo: la memoria era su libro». Antonio prestó una buena ayuda al obispo Atanasio en la lucha contra el arrianismo y sufrió por la Iglesia, animando a los confesores en la persecución de Diocleciano.

—Oh Dios, concédenos por los méritos de san Antonio, abad, que, renunciando a nosotros mismos, te amemos sobre todas las cosas.